REVISTA Língua & Literatura
ISSN 1984-381X

De forcejeo con los ángeles, acertijos e interrupciones. Derivas de los estudios culturales en clave local

Struggling with the angels, riddles and interruptions. Local courses of Cultural Studies

Silvia Elizalde[1]
María Graciela Rodríguez[2]

Resumen: El trabajo apunta a producir una reflexión crítica sobre las derivas intelectuales, los cruces teóricos y los posicionamientos académicos y políticos desplegados en el desarrollo contextualmente situado de los Estudios Culturales en la Argentina. Para ello, organiza su argumentación a partir de tres operaciones críticas sobre los materiales invocados para su escritura: en primer lugar, repone y pone a prueba algunos de los momentos significativos de los procesos de recepción y lectura de los EECC en las ciencias sociales y humanas locales de acuerdo con ciertos datos y referencias relativamente consensuadas; luego cruza este mapa con algunas voces legitimadas por su práctica intelectual y trayectoria académica para explorar sus balances e interpretaciones desde el presente; y por último, reflexiona sobre algunas de las derivas que tendrían las metáforas sobre el quehacer teórico de los EECC formuladas por Hall, en las condiciones actuales del desempeño científico e intelectual del análisis cultural en clave local.

Palabras claves: Argentina. Estudios Culturales. Metáforas de la teoría. Práctica intelectual.

...trabajar en el campo de los estudios culturales es más bien como decidir trabajar en un campo desplazado, porque gran parte de lo que uno requiere para comprender las relaciones culturales no es, en ningún sentido evidente, cultural (Hall, 2017: 24).

[1] Doctora en Antropología (UBA). Investigadora de CONICET en el Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género, Facultad de Filosofía y Letras, UBA. E-mail: silvitaelizalde@gmail.com
[2] Doctora en Ciencias Sociales. Instituto de Altos Estudios Sociales, UNSAM y Facultad de Ciencias Sociales, UBA. E-mail: banquo@fibertel.com.ar

Si algo caracteriza a los Estudios Culturales (en adelante EECC) producidos desde mediados de la década de 1950 en Gran Bretaña es tanto su "vocación terrenal" (Hall, 2010:60) de constituirse en insumo para la práctica política como su propuesta de especificación de las condiciones materiales que hacen de una cierta coyuntura histórica un horizonte de interrogación e intervención concretas. Es conocido, al respecto, el posicionamiento adoptado por referentes como Raymond Williams ([1986] 1997) y Stuart Hall ([1992] 2010) a fines de 1980 y principios de 1990 respecto de la posibilidad cierta de darlos por disueltos si estos compromisos con la reflexión crítica sobre el propio lugar y con la teoría como práctica intelectual y política se abandonaban o cambiaban de signo. Particularmente Hall fue quien instó con vehemencia a no hipostasiar la historia de ese proyecto con el relato aplanador de una "corriente de pensamiento" susceptible de ser periodizada en etapas diferenciadas y progresivas, desde un margen insular potente a una explosión global de propósitos políticamente dudosos. De manera "polémica, posicional y política" (2010:61) recurrió a tres metáforas sobre el trabajo teórico para delinear el carácter abierto, autorreflexivo e intrínsecamente inconcluso de los EECC británicos como propuesta intelectual y formación social, cuyas resonancias en la reapropiación argentina de los "Cultural Studies" este artículo busca asimismo rastrear. La metáfora del "forcejeo con los ángeles" para la elaboración de un conocimiento disputado, denso y profundo que permita revisar críticamente las condiciones situadas de su producción, en contraste con la teoría como especulación sin consecuencias, fue la primera. Junto a ella se articularon las otras dos: la metáfora de "los acertijos de la teoría" –aquello que la teoría existente no puede contestar o aquello que emerge como interpelación a lo conocido y que exige especificación y movimiento investigativo, sin por ello pretender resolverlo o garantizarlo de algún modo; y por último, la metáfora de la "teoría como interrupción", en referencia a los quiebres y rupturas reales generadas por ideas nuevas o momentos históricos específicos, que descentralizan lo que parecía ser la práctica acumulativa del trabajo teórico hasta entonces realizado (2010:54-57; 66-67).

¿Qué campo de interlocución instalan estas metáforas? ¿Con quiénes discuten? ¿De qué maneras dislocan o confrontan los intentos de regularizar la historia de los EECC y de

constreñirla, o emularla, a un relato estabilizado, breve y lineal[3] sobre su emergencia y desenvolvimiento? Pero fundamentalmente, ¿qué debates habilitan para pensar la propia recepción y reapropiación de esta perspectiva en la institucionalidad académica argentina, y en relación con el terreno más amplio de la crítica cultural producida en esa clave local?

En lo que sigue nos proponemos desandar algunas de las lecturas realizadas en torno de los diálogos y las tensiones suscitados alrededor del papel y la relevancia de la teoría, el hacer investigativo y el compromiso intelectual -núcleos distintivos de los EECC y disparadores de las metáforas de Hall- en algunas líneas de trabajo académico argentino relacionadas con la dimensión cultural, sus cruces con otros campos y sus derivaciones interdisciplinarias. Algunos de estos ámbitos fueron sumamente sensibles a la recepción de los textos y argumentos de los EECC en el país. Entre ellos, la teoría crítica literaria, consolidada en el marco institucional de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, con una fuerte impronta a su vez en la tradición del ensayo crítico latinoamericano, y los desarrollos, derivados de esta, hacia una cierta sociología de la cultura. También lo fue el campo de la comunicación y la cultura, con un trayecto periférico e interdisciplinario originalmente germinado en la década de 1960, coartado durante la dictadura militar de 1976 a 1983, tal como ocurrió con el conjunto de las ciencias sociales y humanas en dicho periodo en el país, y reanudado a partir de 1984. Sobre todo en el terreno fértil abierto por las carreras de Comunicación creadas en diversas universidades públicas en esos primeros años de la reapertura democrática y, más adelante, con ciertos trayectos dentro del cruce antropología / EECC. Como veremos, estas líneas establecieron articulaciones complejas, por momentos altamente polémicas y/o restrictivas, tanto con la propuesta y los textos de los EECC británicos en su incorporación institucional en los respectivos campos de actuación como en los procesos de revisión y creación de la propia especificidad y potencia locales, como resultado de los posicionamientos adoptados y de las fuerzas intervinientes en cada momento.

[3] Estas características (estabilidad, brevedad y linealidad) son notorias en el relato que data el comienzo de los EECC británicos en 1964 cuando se crea el Centro de Estudios Culturales Contemporáneos (CCCS por su nombre en inglés: Centre for Contemporary Cultural Studies) en la Universidad de Birmingham. Si bien su primer director fue Richard Hoggart, también se suelen mencionar a Raymond Williams y a Edward Thompson como sus "padres fundadores". El relato sintético de su "fundación" culmina acaso con la referencia a su segundo director, Stuart Hall, quien, en 1968, le da un giro decisivo en su orientación analítica. Poco se conoce, por ejemplo, de los trayectos de sus siguientes directores hasta la disolución del CCCS en 2002.

Sabemos que reconstruir algunos de estos debates implica enfrentarse a una serie de interrogantes que, lejos de considerárselos obstáculos, forman parte misma de los contextos, los avatares y los itinerarios –de las lecturas, de las traducciones pero también de las personas de carne y hueso- asociados a cada institucionalidad y coyuntura histórica. Entendemos, al respecto, que una genealogía asume el desafío de apartarse de toda aspiración de representatividad, exhaustividad y reposición armónica de una integralidad extraviada, precisamente porque trabaja a partir de la actualización –y en este sentido, "inventa" de manera fundamentada, una trama posible- de los materiales y las huellas de un pasado plural, y con frecuencia contradictorio, cuya dinámica de contingencia y determinación histórica pone de relieve el estado de los diálogos y las disputas en un momento dado[4].

El propósito final de este intento no es, pues, en absoluto, contraponer una cierta versión de los procesos descriptos a otras versiones elaboradas previamente[5], ni el combate por un origen, un devenir o algún reclamo de "autenticidad" o develamiento. Nos mueve, más bien, la voluntad de releer, desde el imprescindible presente, algunos de aquellos relatos sobre las tramas y condiciones institucionales múltiples en las que se tejieron y destejieron los trayectos, en función no de una interrogación nostálgica o ingenua sobre la pervivencia de los estudios culturales en la Argentina, sino de las preguntas que el propio contexto plantea hoy en relación con las ciencias sociales y el lugar de la teoría como crítica cultural y práctica política, así como sobre la necesaria revisión de la propia

[4] Trazar una genealogía, entendida, foucaultianamente, implica producir una "forma de historia que da cuenta de la constitución de los saberes, de los discursos, de los dominios de los objetos, sin tener que referirse a un sujeto, ya sea éste trascendente respecto del campo de acontecimientos o se deslice en su identidad vacía, a lo largo de toda la historia" (Chartier, 1996:104). Con todo, la historia de los EECC en Argentina se vio favorecida en muchas ocasiones por empresas humanas, casi individuales o grupales, tal como se describe en la siguiente nota.

[5] Existe cierto consenso en ubicar la aparición, en 1981, de la revista *Punto de Vista*, como momento clave en el "desembarco" de los EECC en Argentina. Sin embargo, es notorio que ya desde las décadas de 1960 y 1970 tanto Beatriz Sarlo como Carlos Altamirano publicaban ensayos en el marco del Centro Editorial de América Latina (CEAL); así como Jaime Rest, Jorge Rivera, Eduardo Romano y Aníbal Ford hacían lo propio en esa y otras editoriales, y en sus investigaciones. Incluso hay quienes sostienen que en Argentina los EECC se fundaron, si bien con otro nombre, a partir de los desarrollos pioneros de Jaime Rest (Ford, 1994; Saintout y Ferrante, 2006). De modo que el propio consenso se resquebraja y, simultáneamente, se abren ramificaciones subterráneas, hacia atrás y hacia adelante en el tiempo; aparecen referencias cruzadas; movilidad de intelectuales entre instituciones; grupos produciendo en el exilio; reconstrucciones míticas y deconstrucciones críticas.

posicionalidad del/la analista cultural ante los problemas y desafíos que presenta la actual coyuntura.

Para ello, el artículo organiza su argumentación a partir de tres operaciones críticas sobre los materiales invocados para su escritura. La primera consiste en reponer algunos de los momentos significativos de los procesos de recepción y lectura de los EECC en las ciencias sociales y humanas locales de acuerdo con ciertos datos y referencias relativamente consensuadas. El objetivo es observar allí los énfasis y filtros aplicados por los distintos recortes disciplinares, los intereses institucionales y académicos en juego, las posiciones otorgadas y autoasignadas, y los modos de configuración de una agenda de problemas, métodos y definiciones políticas sobre el análisis cultural y sus resonancias sociales. La segunda operación propone poner este mapa a consideración de un conjunto de voces legitimadas por su práctica intelectual, trayectoria, producción y/o vinculación con las dinámicas de apropiación, enseñanza y/o especificación de los EECC en el campo académico argentino, o bien con su quehacer científico desde estudios "fronterizos" con éstos, como la crítica cultural, la sociología de la cultura o la antropología simbólica. Y hacerlo en torno de un conjunto de interrogantes. Entre ellos: ¿cómo fueron leídos los textos de los Cultural Studies en este país, desde qué lugares y condiciones de práctica intelectual, y qué ponderaciones despertaron por parte de las tradiciones donde fueron revisados? ¿Qué articulaciones establecieron dichos campos disciplinares locales con los EECC en sus distintos momentos de vida institucional? ¿En qué medida esos lazos aportaron a la construcción de conocimiento para la comprensión de procesos político-culturales en este país? Pero también, y más directamente: ¿Qué es "hacer" EECC y qué comportaría hoy esa tarea?[6] Nuevamente, no se trata de un arco de voces "representativas" -en el sentido formal del término- del campo o los campos respectivos, ni de todas las voces

[6] Si los interrogantes son sugestivos en sí mismos, también implican un desafío que, modestamente, quisimos intentar, para compartir aquí el resultado de su análisis y abrirlo a la revisión y crítica de los/as lectores. La intención es dar cuenta no solo de prácticas o procesos concretos que señalan modos de "hacer" EECC en la Argentina (y explorar allí los posicionamientos académicos e intelectuales que moviliza esa labor), sino también las condiciones de posibilidad de difusión e intercambio reflexivo interdisciplinar que dicho hacer requirió o requiere. Entendemos que si bien esas condiciones hacen posible / restringen la circulación de ideas planteando dinámicas más expansivas o más constrictivas según el caso, también posibilitan diálogos, flujos e intercambios inter-disciplinares, e incluso, situaciones de repliegue. Por tanto, leímos las respuestas de los/as referentes seleccionados/as en el marco de esas mismas dinámicas y teniendo como eje tanto la recuperación actualizada de tradiciones vernáculas, como la crítica a los estudios eurocentrados; y tanto la renovación de marcos conceptuales como la voluntad de articulación de líneas teóricas.

posibles. Su elección apunta, más bien, a generar una conversación ampliada, donde diversas experiencias, lugares de enunciación, y conexiones teóricas y políticas entran tanto en diálogo como en discrepancia. Son, finalmente, resultado de diferentes registros: intercambios informales, entrevistas ad hoc y reflexiones publicadas. Por último, pero siempre de manera recursiva, ensayamos una reflexión en voz alta sobre algunas de las derivas que tendrían las metáforas sobre el quehacer teórico de los EECC formuladas por Hall, en las condiciones actuales del desempeño científico e intelectual de las ciencias sociales locales.

Una zona gris

Entre las referencias históricas relativamente consensuadas se sostiene que, en Argentina, la difusión local de los EECC británicos fue vehiculizada por las traducciones y lecturas tempranas de Richard Hoggart, Edward Thompson y muy particularmente de Raymond Williams que producen, en la década de 1980 y 1990, el grupo de Beatriz Sarlo y Carlos Altamirano en la revista *Punto de Vista.* No obstante, estos mismos autores argentinos habían ya contribuido, desde sus publicaciones en el Centro Editor de América Latina (CEAL), una década antes, a la formación de un campo que renovaba teórica y metodológicamente los estudios asociados a la literatura con una ampliación del horizonte de la Crítica Literaria, a la par que planteaban la necesidad de incorporar una serie de categorías teóricas provenientes de la sociología (campo intelectual, públicos, consumo) para abordar las relaciones de las formas literarias con lo social.[7] Asimismo, el diálogo –crítico- con el estructuralismo francés que proponían supuso una inflexión hacia lo que luego se fue delimitando como el campo de la Sociología de la Cultura. De ahí que Zarowsky et al afirmen, williamsianamente, que "entre el CEAL y *Punto de Vista* se delimitan los nuevos contornos de una *formación emergente*" (2017:7).

Esta formación, sin embargo, no es homogénea, sino que alberga en su seno convergencias y divergencias que, como falsas paralelas, parecen equidistantes en un

[7] El papel del CEAL, la editorial dirigida por Boris Spivacow luego de renunciar a EUDEBA, fue crucial en la conformación de esta formación emergente entre las décadas de 1970 y 1980, creando una serie de colecciones y bibliotecas cuyos títulos difundió a bajo costo. Para ampliar ver Zarowsky et al (2017).

comienzo pero con el correr del tiempo terminan distanciándose levemente. En efecto, la apropiación de estas lecturas, motorizadas por una concepción materialista de la cultura, fue dando oxígeno a la generación de dos fructíferos sub-campos: por un lado el que sigue la línea de Sarlo y Altamirano, focalizado en la Sociología de la Literatura y en lo que más tarde se estabilizó como una de las modalidades de la Sociología de la Cultura en la Argentina, con la incorporación de la historia social, la semiótica, la crítica al estructuralismo, y especialmente los desarrollos bartheanos; y por el otro, el de la Comunicación y Cultura, con énfasis en el análisis histórico socio-cultural de la comunicación, entendiendo el sintagma "socio-cultural" en el sentido fuerte de los vínculos contextuales entre las dinámicas sociales, la tecnología, la industria cultural, las producciones significantes, las regulaciones que las enmarcan y las propias producciones de los sujetos en su vida cotidiana.

En ambos casos, la reapropiación local de ciertos textos de Raymond Williams parece ser central, particularmente respecto de su concepción de la cultura como un conjunto de significaciones "entendidas como ideas pero también como estructuras de la sensibilidad" que confieren sentido a las experiencias sociales (Altamirano, 1988:1). El programa teórico de Williams contempla la necesaria interdependencia entre los proyectos culturales (comprendidos en sentido amplio como las producciones de la cultura) y las específicas formaciones socio-históricas donde tienen lugar. En ese sentido, el autor galés propone tres niveles interrelacionados para el análisis de la cultura: la experiencia concreta de los sujetos y sus mapas de sentido; la formalización de las prácticas en productos simbólicos; y las estructuras sociales que ponen límites a esas producciones (Cevasco, 2014). De formas específicas, tanto la Crítica Literaria como los desarrollos inscriptos en una particular Sociología de la Cultura retomaron, en la escena local, dicha propuesta analítica, con derivas y polémicas propias, producto de la discusión de algunos de sus núcleos conceptuales, como el referido al lugar del sujeto y a su capacidad de agenciamiento en relación con los cambios históricos[8].

[8] En un texto de discusión sobre los aportes que abrevan en el debate local sobre la noción de cultura popular María Graciela Rodríguez (2015) sostiene que el lugar del sujeto en los planteos teóricos de Williams representa una inclusión "débil" y producto más de su democrático "humanismo voluntarista" que de una verdadera incorporación de la capacidad de agenciamiento lo que, además, le vale a Williams un durísimo debate con Edward P. Thompson originado en la crítica que hace a su libro *The Long Revolution* de 1961, aparecida en los números 9 y 10 de *New Left Review* (1961). En este sentido, Rodríguez sugiere que Williams

Por su lado, junto con los aportes de Williams pero a partir, especialmente, de las preocupaciones de Hall por revisar las tradiciones del pensamiento marxista y poner en tensión las teorías vertebradoras del materialismo cultural, los EECC encontraron buena recepción en el campo local de Comunicación y Cultura. La centralidad de estos aportes provino de la vocación por comprender los procesos culturales, y especialmente, en esta área, los procesos comunicacionales, desde un marco gramsciano que permitiera superar, no sin ambivalencias, los presupuestos de partida de la teoría de la dependencia, vigente en los tramos finales de la década de 1960, y la de 1970 aproximadamente. Recordemos que para Stuart Hall el pensamiento de Gramsci contribuyó decisivamente al "señalamiento de un camino de salida de esta falsa polarización [entre el estructuralismo marxista y el 'culturalismo' idealista], en su discusión sobre el 'paso entre la estructura y la esfera de las super estructuras complejas' y sus distintos momentos y formas" (1994: 41).

De este modo, la lectura de los trabajos de Hall otorgan un marco fundamental a la línea local de la Comunicación y Cultura alimentada por los EECC: por un lado, porque retoma a Williams, quien define a la cultura como las estructuras creadas colectivamente que organizan la 'conciencia empírica' de un grupo social, es decir marcando la interconexión entre las prácticas sociales y las totalidades subyacentes; por el otro porque, luego de una revisión crítica de la propia historia de los EECC, Hall expone la necesidad de articular -en vez de contraponer de manera irreductiblemente- lo que él llama dos "paradigmas" seminales: el culturalismo y el estructuralismo. Como es sabido, la vinculación complejizadora entre ambos que sugiere es por la vía de los aportes gramscianos para pensar los lazos entre "las categorías principalmente 'inconcientes' y dadas del 'sentido común' cultural con la formación de ideologías más activas y orgánicas" (Hall, 1994:41), con capacidad de intervenir sobre ese sentido común. En efecto: entendiendo, con Lawrence Grossberg (2012) que los EECC abordan un contexto y/o una coyuntura desde una "entrada" de orden cultural, y asumiendo que la cultura produce y articula sentidos sociales, los pone en circulación y los hace disponibles, un análisis "cu-co" -en alusión al vínculo inextricable entre cultura y comunicación sugerido por Aníbal

termina otorgándole más peso a los textos y a las instituciones que al registro de los sujetos, operación que da por supuesta y que asume como rastreable dentro de los cambios ocurridos en aquellas dos dimensiones.

Ford-[9] desde la perspectiva de los EECC procuraría desentramar las articulaciones significantes, así como de-construir aquellas ligaduras entre elementos, y reconstruir el contexto bajo otras lógicas (des-naturalizadoras).

Ahora bien, al revisar las perspectivas y desarrollos en el contexto argentino se advierten lecturas contrastantes que polemizan tácita o explícitamente entre sí en relación con las resonancias teóricas y de intervención concreta que comportaría el vínculo entre política y cultura, núcleo central de los EECC. En efecto, uno de los terrenos donde estas discusiones fueron desplegadas en el escenario local fue el de la puesta en juego, en trabajos empíricos y en reflexiones más amplias, de nociones claves como hegemonía, cultura, experiencia y agencia, que se re-convirtieron en objeto de debate teórico y blanco de un reexamen crítico acerca de sus alcances políticos y explicativos por parte de posiciones bien distintas. Esto puso en evidencia, sobre todo desde la década de 1990, los lugares institucionales e ideológicos desde los cuales fue leído por entonces el insumo político de la propuesta de los EECC y, décadas más tarde, la vigencia o desanclaje histórico que dichos posicionamientos alcanzaron, a la luz de las transformaciones culturales que siguieron. Por caso, la crítica que produjo Eduardo Grüner a principios de los 2000 puede entenderse, en esta línea, como sintomática de su autoadscripción a una zona de la crítica cultural que reclamaba para sí una estricta herencia marxista. Pero también, como la manera en que los EECC (en referencia, fundamentalmente, a su internacionalización y desarrollo en la academia norteamericana) fueron definidos, en estos planteos, como una perspectiva "en boga" y políticamente "correcta", así como "peligrosamente" próxima a las filosofías posmodernas, entendidas a su vez de manera poco diferenciada entre sí. En este sentido, para Grüner, tanto los EECC como el pensamiento posmoderno "se caracterizaría(n) por desconocer la tradición crítica que debería(n), supuestamente, continuar" (Mundo, 2002: digital) al tiempo que instalarían el "peligro de un desarmante descuido del análisis del sistema como totalidad articulada" (Grüner, 2002: 92)[10]. Las

[9] La expresión "análisis cu-co" fue acuñada por Aníbal Ford en la década de 1980 para definir la ligazón entre la cultura ("cu") y la comunicación ("co"). De ese modo, Ford proponía encarar el análisis del campo de la comunicación, precisamente, desde una perspectiva cultural antes que tecnologicista o estrictamente economicista.

[10] Cabe señalar que Grüner distingue los planteos de Stuart Hall respecto de este otro conjunto de desarrollos conceptuales, toda vez que afirma que la materialidad a la que refiere Hall es aquella "donde lo real puede ser articulado por una teoría que sepa que no todo lo real es articulable en el discurso" (2002: 102).

consecuencias políticas de esta combinación no se harían esperar. Según Daniel Mundo, para el autor argentino esta versión posmoderna de los EECC "en lugar de enfrentarse a las condiciones imperantes que gobiernan la sociedad capitalista contemporánea, [operan desde una] lógica diferencial y fragmentada de homogeneización general [que] celebra el pandemónium de las desigualdades reinantes, y a lo sumo protesta contra las injusticias que impotentemente se sufren" (*ibidem*). Como veremos en el siguiente apartado, para ciertas voces críticas, este tipo de interpretaciones, pero también los usos de algunas traducciones que circularon en Argentina sobre ciertas polémicas suscitadas en Estados Unidos respecto de la asociación entre EECC y teoría posmoderna, podrían pensarse como "lecturas defensivas" específicas de ciertos campos y posiciones intelectuales. Las discusiones al respecto, claramente, no están saldadas sino que forman parte de la dislocada genealogía de cruces y tensiones de esta perspectiva en el país.

Por su parte, la fecundidad y desarrollo de los abordajes etnográficos que se diseminaron en la Argentina en las últimas décadas, junto con las investigaciones provistas tanto por la antropología como por las "nuevas sociologías" (Corcuff, 2013) de base local, proveyeron marcos analíticos significativos que buscaron responder al requerimiento político-epistemológico de ajustar la escala de una mirada que no se conforma con explicaciones macro, sino que exige ir a observar y especificar las micro-escenas donde –también- la hegemonía se procesa cotidianamente, los dispositivos actúan de forma efectiva y la desigualdad se articula de maneras complejas con las diferencias de clase, género, etnia o territorio. En este sentido es factible imaginar que fueron las mismas incertidumbres que atraviesan estos campos disciplinares, reacios al uso automático de categorías pre-establecidas, las que introdujeron estos desplazamientos, los cuales pueden a la vez pensarse como aproximaciones productivas a los principios medulares de los EECC. Sobre todo, en relación con su propuesta general de atender a la especificidad de las prácticas y representaciones que, si bien pueden no presentar correspondencia entre sí, o manifestarse en torno a procesos que no surgen en el mismo momento o desde la misma matriz, forman parte, sin embargo, de una unidad articulada (Hall, 1994).[11]

[11] Recordemos que Stuart Hall entiende por articulación "la forma de conexión que puede crear una unidad de dos elementos diferentes, bajo determinadas condiciones. Es un enlace que no necesariamente es determinado, absoluto y esencial por todo el tiempo. (…) La 'unidad' que importa es una conexión entre ese discurso articulado y las fuerzas sociales con las cuales éste puede —pero no necesariamente tiene que—

Asimismo, en los últimos años se aprecian algunas reflexiones disciplinares que vinculan constitutivamente a la cultura y al poder al tiempo que señalan sus propias torsiones respecto de las tradiciones de los EECC. Un ejemplo de ello es la emergencia de algunas voces locales que dialogan y exponen posiciones en relación con los debates surgidos en el seno del proyecto antropológico en torno a la "abolición" o la "depuración" del término "cultura" en su utilización analítica. El debate está localizado, básicamente, en las academias angloparlantes, aunque su circulación excede este horizonte y es conocido en el campo de la Antropología argentina. Si bien las intervenciones locales son intra-disciplinares, presentan algunas derivas relevantes asociadas a los entrecruzamientos entre los EECC y la Antropología cultural, que amerita aquí su repaso.

En el marco local de ese debate, el argentino Alejandro Grimson (2002) fue quien, a inicios de los 2000, levantó una voz disidente respecto de la excluyente polarización en la que estaba tensada la noción de cultura. Por un lado, criticó la utilización del término cuando se operativiza en favor de la segregación y/o discriminación, y a la vez desestimó la "abolición de la cultura" en el proyecto antropológico, abogando por una reivindicación política del concepto. En este sentido, el planteo de Grimson señala que si bien la cultura se comprende a través de registrar e interpretar las formas públicas en que los significados han sido incorporados en símbolos, es necesario tener en cuenta la relación asimétrica y de tipo hegemónico en que estos significados se fabrican, se ponen en circulación y son actualizados –y disputados- en la vida cotidiana. De este modo, articula agudamente la perspectiva gramsciana de la hegemonía con las conceptualizaciones de Sherry Ortner (2016) respecto de la capacidad de agenciamiento (entendida ya no solo como la identificación inter-subjetiva de las condiciones de dominación, como la pensaba Thompson, sino también como la producción de proyectos de vida engarzados con esa subjetividad [Ortner, 2005; 2016], aunque no siempre estos proyectos coincidan con la voluntad política de los analistas).[12]

---

estar conectado bajo ciertas condiciones históricas. Entonces, una teoría de la articulación es al mismo tiempo una forma de entender cómo los elementos ideológicos, bajo ciertas condiciones, adquieren coherencia dentro de un discurso, y una forma de preguntar cómo éstos se articulan o no, en coyunturas específicas, con ciertos sujetos políticos" (Hall en Grossberg, 2010: 85).

[12] El análisis de Ortner sobre la agencia pone en relación dos dimensiones interdependientes: la agencia oposicional (como resistencia al poder y a la dominación), y la agencia proyectiva (como la prosecución de proyectos y deseos). E insiste en la estructura intrínsecamente vinculada de ambas dimensiones: "La agencia

Pocos años más tarde, procurando "superar" los límites encontrados en la descripción y comprensión de ciertas áreas culturales, Alejandro Grimson y Pablo Semán (2005)[13] reflexionan acerca de las implicancias categoriales y políticas de las conceptualizaciones circulantes sobre la cuestión del poder en la dimensión de la cultura, fundamentalmente a la luz de la variabilidad, los conflictos, los préstamos y las disputas que integran de manera incuestionable la realidad social y que son parte misma de las condiciones de contextualización y reflexión de este quehacer disciplinar. Más que un enfrentamiento entre una cultura dominante (u oficial) y otra subalterna, para este grupo de académicos la cultura comprende los modos concretos en que los actores involucrados, que inscriben su disputa en una lógica compartida y mundos imaginativos relativamente similares y parcialmente comprensibles, operan y se vinculan entre sí. Se trata entonces de reconstruir los detalles de la lógica de la heterogeneidad de la hegemonía presente tanto en las estructuras sociales y culturales que enmarcan la experiencia cotidiana, como en las movilizaciones de recursos simbólicos que se producen en el permanente y cotidiano devenir, antes que ubicar a los sujetos y a sus prácticas en una grilla analítica pre-establecida.

Por su parte, el proyecto local de EECC locales, comprometido con un análisis que dé cuenta de la dimensión política de la cultura, al tiempo que releve y especifique los diferenciales de poder entre actores de distinta magnitud que interactúan desde posiciones disímiles en el contexto de universos simbólicos compartidos, parece estar fortaleciendo sus lazos con aquellas perspectivas de la antropología que asumen complejamente una definición de cultura que pone en el centro de su significación a la pregunta por el carácter polimórfico y dinámico del poder. Sergio Caggiano y Alejandro Grimson (2010) sugieren la necesidad de mantener la atención sobre los procesos de lucha y de cambio que se dan entre sujetos situados diferencialmente respecto del poder y con intenciones distintas, pero

---

de los proyectos es, desde ciertos puntos de vista, la dimensión más fundamental de la idea de agencia. Es esta clase de agencia la que se interrumpe y se niega a los subordinados" (2016: 167). Asimismo, aunque excede el alcance de este trabajo, es interesante notar que Ortner amplía sus líneas de trabajo hacia la subjetividad, entendida como "el conjunto de modos de percepción, afecto, pensamiento, deseo, temor, etc. que animan a los sujetos actuantes". Y que estos sujetos, señala williamsianamente, viven en el marco de específicas formaciones culturales históricas, "que modelan, organizan y generan 'estructuras de sentimiento'" (2005: 25).

[13] En el texto de Grimson y Semán (2015) se recupera, con pequeñas modificaciones, parte de lo que fue publicado en Grimson (2002).

sin descuidar que existe un campo discursivo, históricamente sedimentado, que se comparte en la misma disputa. En ese sentido, y siguiendo su propia línea reflexiva, en *Los Límites de la Cultura* (2011) Grimson re-define a la cultura como la producción y disputa por la hegemonía en el marco de la historia de esos mismos procesos hegemónicos. Y asumiendo el desafío de articular las tradiciones que restringen la cultura a una sociedad –supuestamente- homogénea, con aquellas que la esgrimen como arena de disputa entre bloques de poder, propone re-definirla como "forma de interlocución de una época, como patrón compartido a través del cual se fabrican y exacerban las diferencias" (2011: 74). Su concepto de *configuración cultural* enfatiza el carácter de "un marco compartido por actores enfrentados y distintos, de articulaciones complejas de heterogeneidad social" (2011: 172), concepto que es, a la vez, interrogación de una zona donde se traman las discursividades institucionales con la vida cotidiana de los sujetos.

Lecturas e interpelaciones

Si asumimos que la reconstrucción de debates y vínculos interdisciplinares que acabamos de hacer es, precisamente, una sesgada por las marcas más o menos indelebles que han dejado algunos relatos muy transitados sobre los EECC en Argentina, al tiempo que un recorrido genealógico *ad hoc* que procura leer a contraluz algunas "inexorabilidades", reponer o actualizar otras zonas, y rastrear en intersticios y dobleces, la pregunta por su pertinencia mantiene abierta una interpelación que nos interesa abordar. Y más aún, hacerlo a partir de poner en relación las voces consultadas especialmente para este texto. En este sentido, la cuestión que quizás concentre mejor esta voluntad de revisión de los EECC desde nuestra contemporaneidad nacional no sea si hoy "existen" o no como campo de análisis, con qué agenda de temas, técnicas y conceptos, y con qué cultores reconocibles –asunto por demás irrelevante para la propia perspectiva-, sino la interrogación políticamente más productiva de qué implica o implicaría "hacer" estudios culturales en las condiciones actuales de nuestra realidad social e institucional. Las opiniones, claro, no son homogéneas.

Consultado sobre el lugar de los EECC en las ciencias sociales argentinas, Marcelo Urresti, especialista en sociología de la cultura, considera que "hay tradiciones fuertes que

no invitan a cambiar de barcos y tradiciones más débiles que sí lo hacen"[14]. Para Silvia Delfino, formada en Letras y de gran trayectoria en la enseñanza y discusión del materialismo cultural y los EECC en distintas universidades del país, la respuesta requiere un trabajo previo, pues "si no hacemos un registro analítico y con investigación material de cómo se fueron institucionalizando los campos [de las ciencias sociales locales], estamos eliminando el carácter conflictivo de la historia".

Urresti no se declara parte de los EECC, "aunque tal vez los haga sin ser conciente de ello". Y expone su argumento: "ser sociólogo es algo que me acerca a mis colegas y mi disciplina. Aunque no comparta objetos ni preocupaciones con muchos de ellos, tengo un parentesco en la tradición. Los clásicos de la sociología del siglo XIX, XX y los contemporáneos son el suelo de donde salimos y eso suele terminar pesando. Durkheim, Simmel, Weber, Marx, Goffman, Bourdieu, Giddens, Bauman, Elias, Sennett, tienen una obra enorme y siempre inspiradora y aunque pueda leer y aprovechar autores de otras disciplinas y vertientes, la sociología los envuelve y me encarrila todo el tiempo. Es mi marco de referencia general".

En línea con esta idea de tradición disciplinar señala que la sociología argentina ha retomado parcialmente a E.P. Thompson y a Raymond Williams por su herencia marxista, pero reconoce que si bien se los lee, "no sé si se aceptan del todo". Por su parte, Stuart Hall, en su opinión, parece ser "muy teoricista para la sociología empírica y poco sociológico para la teoría sociológica. Fuera de esto, hay nichos específicos donde sí entran algunos de sus planteos; medios, comunicación, jóvenes". Sin embargo, admite que la sociología cultural ha sido mucho más permeable, por su dimensión interdisciplinaria, y allí se anotan varios intercambios, incluida la lectura atenta de los textos de Hall y de "otros compañeros de ruta de la segunda época" de esta perspectiva. Con todo, en su opinión, los entrecruzamientos han tenido y tienen sus límites para este campo de análisis. "Nuestro acercamiento –dice Urresti- puede ampliarse a más autores cuando el tema son los medios o las audiencias, a Silverstone, por ejemplo. Pero el entusiasmo se nos pasa pronto con autores como Stevenson o Fiske cuando hacen de la industria cultural o de la cultura popular un pastelito para el té de las cinco".

[14] Las expresiones entrecomilladas consignadas en este apartado son resultado de entrevistas personales desgrabadas y de consultas por mail, realizadas por las autoras entre junio y julio de 2018, especialmente para este trabajo.

Para Silvia Delfino, por su parte, "preguntarnos hoy, respecto de nuestras condiciones de producción de saberes y prácticas en la universidad en la Argentina, qué es hacer EECC es fundamental porque nos permite no solo historizar cómo fueron leídos esos debates en nuestro país sino también el modo en que históricamente nos hemos apropiados de debates europeos y norteamericanos para nuestras propias luchas". Alumna de Aníbal Ford en 1973 en la materia Teoría Literaria de la carrera de Letras, de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, empezó a leer allí a Raymond Williams, Richard Hoggart, y a E.P. Thompson "como ese trío que después nosotros en la década del 80 enseñábamos en las carreras de Comunicación como los padres de los EECC".

En la entrevista realizada especialmente para este artículo resalta la importancia de tener en cuenta "el umbral de interrogación que los EECC producen a fines de la década del 50 y principios del 60 en Gran Bretaña cuando se preguntan por las condiciones de producción de saberes en el marco de las formas estratificadas, segmentadas y excluyentes de las universidades británicas". Debates aquéllos que en las décadas de 1980 y 1990 aquí fueron leídos, en sus palabras, "defensivamente" y en desmedro de "la politización que los EECC tuvieron en el momento de su surgimiento". Dice la docente e investigadora: "Mi percepción es que cuando en esos años hubo chispazos [y tensiones] en el modo en que llegaba a nuestras materias el insumo político de los EECC, en gran medida fue porque esos chispazos tuvieron que ver con la institucionalización de nuestras carreras de Comunicación, que en sus inicios consistía en una disputa respecto de los lugares en las ciencias sociales". En este sentido, puntualiza, "no es raro que los antropólogos y los historiadores hayan sido quienes mejor pudieron leer entonces lo que nosotros llamamos EECC británicos, y que hayan sido los estudios de género quienes pudieron leer a las feministas del partido comunista británico en el interior de los EECC cuando en los manuales, desafortunadamente simplificadores [sobre la historia de los EECC, que circulaban en Argentina], no aparecen las mujeres que escribían EECC". Para Delfino, este borramiento de género "es absolutamente patético, no solo porque esos trabajos producidos por mujeres no fueron traducidos por los españoles, sino porque, cuando se las nombraban en esas traducciones, esas mujeres a nuestros programas [curriculares] no llegaban. Y eso es una subalternización no solo de objetos y de métodos sino también de doctrina respecto

de qué es la clase, qué es el sujeto, qué es la ideología y cómo funciona la lucha por la hegemonía".

Junto con este sesgo ideológicamente restrictivo que la docente y activista no duda en calificar de "machirulo" -empleando un término que el feminismo popular argentino ha producido en los últimos años para nombrar al varón machista con poder, o a la posición masculinista patriarcal desembozada- Delfino también advierte sobre la importancia de identificar, en aquellas prácticas, los modos en que en cada coyuntura histórica los conflictos de la universidad con el Estado, con lo político, y de la universidad en términos de pertenencia a la sociedad civil, definen un momento histórico concreto que atribuye posiciones. Esas condiciones dejan asimismo en evidencia los compromisos que se asumen o no con la acción política y la intervención concreta. "Viéndolo retrospectivamente, nada menos que 45 años después –señala la entrevistada-, digo con gran entusiasmo y expectativa respecto del futuro, que las preguntas que los EECC se hicieron en tanto problema político, en la Argentina las han respondido los grupos, las formas de asociación y sobre todo los jóvenes y las jóvenes investigadoras", quienes tuvieron muy claro que, para definir un problema de investigación, "lo primero era un conjunto de interrogantes, y no la remisión de objetos, métodos, técnicas, resultados". Fue esta generación la que consideró como meras "escaramuzas"[15] a aquellos debates de la década del 80 y del 90 "que se planteaban si era más importante lo que decía Raymond Williams sobre la tradición selectiva o lo que decía Perry Anderson sobre la fundación de la cultura nacional, o si era más relevante lo que decía Althusser sobre la ideología, o lo que proponía E.P. Thompson". Convencida de que dichas discusiones no tenían que ver con el acceso a una lengua extranjera o con la disponibilidad de los libros, sino con las maneras en que se especifican las condiciones de producción de nuestras prácticas, Delfino traza un diagnóstico afilado de aquellas décadas finales del siglo. "Si usamos la noción de 'tradición selectiva' de Williams hubo, efectivamente, en la Argentina, en los 80 y 90, una versión machista, desvalorizadora, de los aportes que los EECC hicieron respecto de la raza, el género y la edad, (…) aportes que en Inglaterra habían sido producidos para repensar el proceso de rearticulación del autoritarismo del gobierno de Margaret Thatcher, y que por supuesto no se podían trasladar sin más acá". Ubicada en la experiencia concreta –pero no exclusiva- de

[15] Disputas de poca importancia.

la carrera de Letras de la UBA, afirma: "lo que queda claro es que hubo una lectura defensiva por parte de los campos [disciplinares] en términos de su armonía, integridad y totalidad identificatoria, junto a un cuestionamiento o sospecha por la 'magnitud teórica' que tenía la propuesta de Birmingham".

Desde su perspectiva, esta particular recepción y las subsiguientes derivas de los EECC en el país deben ser analizadas a la luz de los posicionamientos institucionales adoptados y autoasignados en el marco de condiciones concretas. En este sentido, finalmente, se pregunta y responde con agudeza, dejando en claro su propio lugar de enunciación y praxis política: "¿Por qué defenderíamos si sirve hoy reconstruir una historia que es tan fragmentaria, parcial, defensiva, por momentos patética, por otros narcisista, por otros desafiante, si hoy en América Latina hay un saber vinculado a prácticas y esas prácticas no tienen que pedir permiso para entrar a la academia? (…) Hoy efectivamente ya no hace falta esta discusión. Los estudios de género, de subalternidad, de poscolonia, de hecho, ya aparecieron con toda su riqueza como un problema de nuestra propia cultura". Asimismo, numerosos textos son ejemplo también de eso: no meramente una reapropiación de conceptos sino "textos a la vez académicos, políticos y de práctica de organización concreta".

Metáforas y retos de la teoría

Cuando Stuart Hall propuso pensar el trabajo de la teoría como una labor similar al "forcejeo con los ángeles" tenía muy claro no sólo la sutil ironía que encerraba la comparación retórica, sino las perspectivas políticas con las que dicha asunción polemizaba. Entre ellas, pero no exclusivamente, con la instalada en la universidad estadounidense bajo el nombre de estudios culturales en un "momento de peligro" caracterizado por la creciente profesionalización de la vida académica, los abultados presupuestos institucionales disponibles para esa área y ciertas coordenadas epocales "altamente enrarecid[a]s" (2010: 63) por aquellos años de fines de 1980 e inicios de 1990. Más ampliamente, la disputa era, y es, con los planteos y posicionamientos que se atrincheran en la disquisición teórica como signo de complejización, rigurosidad y

reaseguro de cientificidad, al tiempo que dejan intocada la reflexión sobre las condiciones institucionales del trabajo académico, la propia posición ante ellas, y el ejercicio intelectual en tanto práctica política.

Esta crucial diferencia entre "el conocimiento crítico en sí y la producción de conocimiento crítico como práctica" (53-54); entre "simplemente tener la facilidad del conocimiento" o "fingir saber", y "conocer densa y profundamente" (56), revela el núcleo de la metáfora beligerante contenida en la imagen "blanca" de una disputa "angelical"[16]. Al respecto, la propuesta de Hall busca llamar la atención sobre el sentido y la motivación de un "hacer" de los EECC que ubique en el centro de su tarea el compromiso con un proyecto de práctica política: "No la teoría como la voluntad de verdad sino la teoría como un conjunto de conocimientos disputados, localizados, coyunturales que tienen que debatirse en una forma dialógica, pero también como práctica que siempre piensa acerca de sus intervenciones en un mundo donde produciría alguna diferencia, donde tendría algún efecto" (63). Ahora bien, para que la teoría opere así, en actitud combativa respecto de un arco variado de lecturas, saberes y referencias, y en ese forcejear y perturbar lo establecido ponga a prueba su capacidad de intervención intelectual y cívica –no porque "gane" esas contiendas si no porque mantiene en tensión recíproca las cuestiones políticas y las teóricas, sin pretender resolverla o sintetizarla-, resulta fundamental revisar las políticas del propio lugar. Básicamente –pero no solo- porque ningún intelectual orgánico puede surgir de una posicionalidad ciega a sus condiciones de producción e inscripción.

Analizando los itinerarios de los EECC en la Argentina, Silvia Delfino destaca esto mismo y le suma una torsión: historizar y hacer inteligible la posición, tanto otorgada como autoafirmada, es parte imprescindible –más no suficiente- del trabajo autorreflexivo del/la analista cultural toda vez que "respondemos las preguntas en los términos en los que el propio lugar ha sido evaluado respecto de quiénes somos cotidianamente en las instituciones [-qué producimos, qué lugar ocupa allí nuestra militancia, etc.-], y esto tiene que ver con a qué sistema de poder nos adscribimos".[17] Casi veinte años antes, en un texto nodal sobre los aportes del feminismo y del materialismo cultural para pensar los procesos de regulación de las diferencias culturales en América Latina, Delfino (1999) había

[16] "Mi propia experiencia de la teoría -y el marxismo es ciertamente un ejemplo- es de forcejeo con los ángeles, una metáfora que puede tomarse tan literalmente como se quiera" (Hall, 2010: 54).
[17] Entrevista personal, julio de 2018.

sostenido que la explicitación posicional en sí misma no alcanza. Es decir, no debería funcionar nunca como gesto autoindulgente respecto de la responsabilidad del/la intelectual en la producción de un conocimiento crítico y de intervención política que sirva como insumo estratégico para el diseño de modos de revisión y/o transformación de la desigualdad y de los impactos de las ideologías restrictivas (racismo, sexismo) que naturalizan formas de discriminación, represión y opresión hacia ciertos sujetos y grupos. Sin embargo, en la medida en que nuestras adscripciones institucionales, disciplinares y/o académicas funcionen en automático, o directamente invisibilicen sus alineamientos o distancias ideológicas con las comunidades de poder, la crítica cultural "queda atrapada en la estructura que trata de develar: reproduce categorías descriptivas que alcanzan estatuto de evaluación y autentificación no sólo del objeto que construye sino de sus propias operaciones y, a su vez, otorga lugares al intelectual en tanto 'productor de valores culturales'" (Delfino, 1999:76).

El ejemplo del machismo encubierto en "el corazón de los EECC" de allí y de aquí ejemplifica agudamente esta tensión entre lugares concedidos y lugares auto-performados, así como el estatus de la teoría en ellos. En este sentido, tal como lo detalló Hall, mientras el interés por "abrirle las puertas al feminismo" provino de los referentes "bienpensantes" de Birmingham, convencidos de estar siendo "hombres buenos, transformados", no hubo roces ni lugares incómodos. Cuando, en cambio de ello, el feminismo "irrumpió a través de la ventana, las resistencias insospechadas salieron a la superficie -el poder patriarcal totalmente instalado, que creía que se había negado a sí mismo" (Hall, 2010:58). En esta línea, cuando Delfino advierte que en la década del 90 en Argentina hubo una lectura "completamente machirula de los estudios culturales, que todavía hoy repiten algunos señores"[18], alude asimismo al lugar pretendidamente autotransparente desde el cual operaban esas voces, "en nombre" de una teoría y un campo disciplinar que no leía a las feministas, no se mostraba interesado en dialogar con este movimiento, o que lo consideraba apropiado para otros campos, distintos del propio. Delfino se pregunta entonces: "¿Cuántas de esas personas, [que fueron la palestra local de las ciencias sociales], estarían dispuestas hoy a repensar sus propias prácticas desde el 83 hasta el presente?

[18] Entrevista personal, julio de 2018.

Básicamente, se sienten amenazados por algo que no conocen pero que claramente los confronta respecto de la tradición que pretenden invocar".

La metáfora del "forcejeo con los ángeles" invita, pues, a pensar en una teoría que se pone a sí misma como problema, como interrogación del propio lugar de enunciación y de conocimiento; como diálogo y polémica con otros programas teóricos, y no como erudición, como saber sin consecuencias. Y esto porque "La única teoría que vale la pena tener es aquella con la que uno tiene que luchar, no aquella de la que uno habla con una fluidez profunda" (2010: 54).

Convencido de que "las metáforas son cosas serias" porque "afectan nuestras prácticas" (57) Hall introduce a su vez una segunda imagen retórica para especificar el quehacer teórico, estrechamente vinculada a la anterior. Los "acertijos" refieren a esas "ganancias teóricas" que se producen a fuerza de remontar desvíos y formas indirectas de pensar y analizar ciertos problemas que permanecían sin respuesta "dentro de los encuadres teóricos de la gran teoría" (55) o que habían sido evadidos por ella. Para Hall este estar abierto "a lo que no [se] conoce todavía, a lo que todavía no se puede nombrar" y, al mismo tiempo, tener "voluntad de conexión" (52) e intereses y objetivos políticos específicos en las elecciones que se hacen, convierten al proyecto de los EECC en una plataforma de trabajo crítico sobre los procesos culturales donde prima "una negativa a cerrar el campo, controlarlo y, al mismo tiempo, una determinación de tomar ciertas posiciones y argumentarlas" (52). El modo de expresarlo sintéticamente sería, pues, el de bregar por una teoría sin garantías.

"Los peligros no son situaciones de las que se escapa, sino lugares hacia los que uno se dirige" (Hall, 2010:84). Como si se revolviera sobre sus propios bordes, la tercera de las metáforas que refiere a la "teoría como interrupción", se encendió durante las propias conversaciones que tuvimos en la etapa de elaboración de este artículo. La interpretación de la metáfora que cada una realizó a partir de lecturas previas (fundamentalmente del propio Hall, pero también de Lawrence Grossberg y de algunos intelectuales latinoamericanos), fue "interrumpida" por la interpretación de la otra. En el proceso, la metáfora se re-iluminó mostrándonos una doble vía de entrada: por un lado, la interrupción que, desde los propios movimientos y dinámicas del campo social, se produce por conmoción de la teoría; por el otro, la interrupción que, desde el medio académico, se realiza como tarea concreta del

analista cultural. Dos direcciones distintas que, sin embargo, están íntimamente relacionadas.

Interrumpir, dice Stuart Hall (2010; 2017), es la tarea fundamental del analista cultural. Y señala dos "interrupciones" que se dieron en la dinámica de desarrollo de los EECC británicos: los estudios sobre el racismo y los estudios feministas. Estos dos señalamientos ilustran bastante acertadamente el doble movimiento que queremos destacar: si la cuestión de la raza es, en Hall, un punto crucial dada su condición de negro centroamericano diaspórico (jamaiquino), que lo movilizó a "salir" a la calle a registrar las condiciones de vida de los negros británicos en los suburbios;[19] el feminismo, por su parte, tomó por asalto la propuesta teórico-política de Birmingham y la interpeló sin miramientos. En el propio relato ficcionalizado de Hall: "penetró, interrumpió, hizo un ruido, se tomó el tiempo, cagó en la mesa de los estudios culturales" (2010:58).[20]

Un primer sentido de interrumpir implica deconstruir lo dado, des-naturalizar el sentido común, ejerciendo la tarea desde una posición analítica crítica. Como señala Lawrence Grossberg, si la cultura es la "puerta de entrada al complejo equilibrio de fuerzas construido a partir de las relaciones aún más complicadas de la cultura, la sociedad, la política, la economía, la vida cotidiana" (2012: 40), precisamente, la sutura –siempre provisoria- que se produce en la dimensión cultural implica que lo que se ha borrado son los procesos mismos de articulación, la conexión, en cierto sentido contingente, entre elementos diversos que aparecen como 'lógicos' y 'naturales. Justamente eso es lo que el analista cultural debe problematizar y desestabilizar, yendo a contramano de lo observable.[21]

Un segundo sentido de la operación política implicada en la acción de interrumpir es el que proviene del acontecimiento mismo, el dejarse interrumpir -en términos de dejarse conmover, interpelar- por los significados y resonancias que traen consigo ciertos eventos,

---

[19] El trabajo de mayor calado de Hall donde se leen estas preocupaciones es *Policing the Crisis. Mugging, the State and Law and Order* (con Chas Critcher, Tony Jefferson, John Clarke y Brian Roberts). New York: Holmes & Meier, 1978.

[20] Jesús Martín-Barbero relata que "en 1996, en un encuentro en Stirling (Escocia) de investigadores europeos y latinoamericanos, Stuart Hall nos llamó la atención por la aún escasa lectura de género en nuestras investigaciones" (2010: 141).

[21] Este sentido es rastreable, también, en algunos analistas culturales latinoamericanos, como los que se dieron cita en la edición coordinada por Nelly Richard (2010). Víctor Vich, por ejemplo, sostiene allí que las políticas culturales deben otorgarle a la cultura el lugar para interrumpir la naturalización de los vínculos sociales y su regulación.

procesos o prácticas. La "extrañeza" que generan los planteos de grupos disidentes, por caso, implica un ingreso inesperado en ámbitos en los cuales pre-existen supuestos naturalizados sobre usos o regulaciones no dichas pero consensuadas comunitariamente. Los movimientos provocan transformaciones teóricas y en ese sentido, el feminismo es, sin duda, un reto trascendental, tanto por su apuesta como crítica teórica, como por la fuerza que ha adquirido como horizonte de activación y transformación social. Su dinámica lleva a preguntarse por la existencia de unas específicas condiciones de producción que emergen contextualmente en formaciones específicas. Y "las coyunturas históricas insisten sobre las teorías: son momentos reales en la evolución de la teoría" (2010: 81). De hecho, si el Centro de Estudios Culturales había sido, hasta el momento de la interrupción feminista, un "boys' club" (como muchas instituciones académicas), el feminismo mostró y expuso crudamente varias cuestiones: el vínculo de lo personal con lo político; el impacto en la noción de poder y en la de hegemonía (que ya no pueden definirse desde una posición androcéntrica, ni tampoco desde una delimitación de lo que ocurre en la esfera de lo público); la apertura a nuevas arenas de la vida social (la familia, la sexualidad, la división sexual del trabajo, la domesticidad y la crianza de los niños, etc.); la producción social y cultural de los sujetos en tanto generizados, entre otros aspecto. Esto es, un conjunto de tópicos y de perspectivas epistemológicas y teóricas que han descentrado, desde las reflexiones feministas, los paradigmas "modernos" desde donde analizar la relación entre desigualdad y diferencia, la construcción de las subjetividades y los alcances mismos de la ciudadanía como núcleo de la vida democrática. La interrupción del feminismo en el decurso de los EECC constituyó, en síntesis, "un llamamiento reflexivo a la producción de investigaciones y a la formulación de preguntas políticas que dieran cuenta de la especificidad y del valor cultural de la diferencia de género en su entrelazamiento complejo con otros clivajes del poder, así como de la teoría resultante en tanto un material de la crítica política y una forma significativa de hacer el cambio histórico" (Elizalde, 2018, en prensa).

En ambos casos se trata de interrupciones que cuestionan lo dado: tanto dislocando lo naturalizado que se desenvuelve en la dimensión de la cultura, como "dejándose interrumpir" por los movimientos del campo social, se renuncia a anteponer categorías teóricas pre-existentes. De ese modo se desarticula lo que la cultura, la memoria o la historia dan por sentado, lo cual revela la fortaleza de uno de los principios rectores de los EECC: su "compromiso con un problema y no con una teoría" (Hall, 2010:76).

Independientemente de la dirección que se inscriba en la relación campo social / desarrollo teórico, su compleja articulación ilumina una tensión imposible de ser resuelta porque ambos componentes se irritan, se molestan y se perturban sin poder "insistir en un cierre teórico total" (83). Y no se trata de un planteo anti-teórico sino, como venimos señalando, de uno que asume "las condiciones del desarrollo del trabajo intelectual y teórico como práctica política" (79) y la exigencia de trabajar en la tensión que produce ese encuentro. Por eso Hall recuerda la necesaria *modestia de la teoría*, refiriéndose a una teoría que se abra a la escucha atenta de los interrogantes del problema (y no de la "problematización" que indica ya un atravesamiento teórico) y, al mismo tiempo, no se deslice hacia un "diluvio deconstructivo" (85) que con frecuencia obtura la posibilidad de hablar de, y de intervenir sobre, los problemas sociales concretos[22]. O, como advertía Aníbal Ford años después desde Argentina, que no se confunda la discursividad radicalizada sobre la realidad con sus contornos materiales específicos. En palabras del intelectual argentino: "la pobreza se transformó en el discurso sobre la pobreza. Y, como sabemos, todo será un simulacro, pero que la gente se caga de hambre, no hay duda" (1999:297).

Entendemos que en Argentina hay áreas que han hecho del encuentro virtuoso entre el campo social y el desarrollo teórico el centro del análisis. No todos los grupos se asumirían como practicantes de EECC. Pero lo cierto es que, con la única "garantía" de escuchar a los sujetos, registrar los hechos y prestar atención a los datos del contexto, han producido a partir de sus estudios un uso contextuado de la teoría modificando, inclusive, las agendas de trabajo local.[23] Y si bien este último señalamiento está fuertemente relacionado con el ya mencionado impulso que produjeron los abordajes etnográficos de las

[22] En medio del ataque a los EECC debido a su diseminación internacional, a fines de 1980 y principios de 1990, Hall formuló una dura crítica al culturalismo, en tanto licuamiento del materialismo, con el cual los adversarios del proyecto original de Birminghan pretendían asociar. Escribió Hall: "(…) no hay ningún momento en los estudios culturales estadounidenses en el que no se teorice hoy, de modo extensivo y sin fin, sobre el poder, la política, la raza, la clase, el género, el sometimiento, el dominio, la exclusión, la marginalidad, la alteridad, etc. Y, sin embargo, persiste la molesta duda de que esta opresiva textualización sólo llegue a establecer el poder y la política exclusivamente en cuanto materias de discurso y de textualidad" (2010 [1982]: 86).

[23] Sin ser el único, el terreno de los estudios de juventud configura, en la Argentina, una zona de producción y registro de las transformaciones culturales recientes de significativo impacto en las agendas más amplias de debate social. Ejemplo de ello es tanto el sostenido impulso que se constata en la articulación de perspectivas y diálogos entre teoría e intervención que propicia desde su creación, hace diez años, la Red Nacional de Investigadorxs en Juventudes, como la preocupación de muchos/as de sus hacedores por pensar el trabajo investigativo en el cruce entre conocimiento académico y conocimiento cívico.

últimas décadas, en Argentina la perspectiva alcanza a análisis textuales que abordan los objetos de estudio dejándose interrumpir, con las mismas exigencias que emanan de un abordaje etnográfico.[24] Ni hay ganancias teóricas ni teorías con garantías. El proceso analítico nunca está desamarrado de las condiciones de producción de conocimiento, como tampoco del contexto socio-político y cultural de las coyunturas en estudio. El compromiso ético y político de los EECC es convivir con esta incómoda tensión.

Coda final

Este trabajo tuvo el propósito de poner a rodar, una vez más, una historia –la del encuentro de los EECC británicos con algunas áreas del análisis cultural de la academia argentina- para hacer de ella el material y la excusa de un ejercicio crítico más amplio que nos permitiera a su vez establecer una conversación plural donde leer nuevas o viejas interpretaciones, lugares de enunciación y respuestas situadas desde el presente. Operó también como oportunidad para revisar, desde nuestras propias condiciones de producción de conocimiento y en relación con el campo local de EECC, el acertado boomerang que suponen las metáforas elaboradas por Stuart Hall para delinear los compromisos del quehacer teórico y reflexionar en torno de los posicionamientos desplegados en el campo intelectual y político a partir de ello.

Las autoras de este escrito fuimos formadas en un momento de nuestro país –la Argentina de los años 1990- en el que las carreras de Comunicación se tramaban fuertemente con los EECC británicos. Por una compleja sedimentación de decisiones, marcas formativas, momentos de giro o de clivaje, compromisos intelectuales y pasiones investigativas nuestro hacer, como el de muchos/as otros/as colegas, se fue basando, inspirando e inscribiendo en esa conjunción de perspectivas y formas de trabajo analítico. Relación sobre la que todavía –lo sabemos- se podría ahondar mucho más pormenorizadamente en atención a los trayectos, avatares y diversas fronteras y posiciones que la fueron atravesando en cada coyuntura, hasta su configuración presente, cualquiera sea la delimitación que hoy se pretendiera hacer de ella.

[24] Una de las áreas más vibrantes en este sentido es aquella que se nutre de los aportes de los estudios visuales. Orientada por la recuperación de las articulaciones que, en textos masivos, han operado en el establecimiento y fijación parcial de los elementos visuales, evidencia los entrecruzamientos a partir de los cuales el sentido común, históricamente sedimentado en una configuración cultural los ha tornado, precisamente, 'invisibles'.

Desde estos lugares convocamos a otras voces que se hicieron eco de nuestras preguntas, y las invitamos a ser parte de una suerte de reflexión en voz alta. De allí también que optamos por dejar que el texto asumiera distintos registros y modulaciones cada vez, en tanto dichas trazas son parte de los materiales que lo conforman, lo tensionan y motorizan, al tiempo que convidan, o provocan, a que otras voces los discutan, los confronten, los desvíen o los interrumpan.

Si los EECC no son una disciplina sino que se asumen como un estilo de labor intelectual, al producir este texto quisimos sin dudas "hacer" EECC. Pusimos en primer plano la radical diferencia entre una idea en la mente y una convicción que se hace práctica de vida. La escritura movilizó reflexiones convergentes y divergentes en torno a decisiones argumentativas, lecturas, fuentes y estilos. Pero además, nos interpeló profundamente en nuestra condición de ciudadanas de un país –y de una región- que está atravesando un fuerte proceso de derechización política junto con un retroceso feroz de la intervención del Estado y de la garantía de derechos. Si, en el marco del optimismo de la voluntad, algunas batallas cobran relevancia, nuestros propios lugares también fueron conmovidos cuando, en el transcurso mismo de la construcción de este texto, las calles, las escuelas, las universidades, los hospitales, las iglesias y los medios de comunicación extremaban tanto la visibilidad temática del aborto en todo el país como las contiendas entre posiciones a favor y en contra de su despenalización y legalización, en lo que representa un punto álgido del estado deliberativo de la ciudadanía en su conjunto. Ahora bien, ni el millón de mujeres y jóvenes portando el pañuelo verde, reunidas frente al Congreso de la Nación en la vigilia del 13 de junio de 2018 para exigir una ley que garantice el aborto seguro, libre y gratuito en todo el territorio, ni quienes bregan por otros muchos derechos aún postergados en el país y salen a la calle a demandarlos necesitan preguntarse qué están haciendo. Simplemente saben que sus luchas, en tanto formas de acción política, importan. Ante esto, lo que humildemente sabemos es que atender a estos procesos, pensarlos dialógicamente y dejarnos interrogar por ellos es una manera de "hacer" EECC que nos importa y nos compromete. De otro modo, los EECC nos importan un bledo.

Abstract: The aim of this paper is to produce a critical reflection on the intellectual courses, theoretical crossroads and academic and political positions deployed in the contextually placed development of Cultural Studies in Argentina. We organized the presentation upon three critical operations we made over the selected materials. First, we recover and test significant moments of the processes of reception and reading of Cultural

Studies; we take in account some facts and the relative agreements in the local Social and Human Sciences realm. Secondly, we cross this map with some voices of the local scene legitimated by their intellectual and academic careers in order to explore their assessments and interpretations from the present time. Finally, we reflect over the courses that the metaphors formulated by Stuart Hall might have locally over the theoretical work of Cultural Studies, in the present social conditions of the scientific and intellectual performance of the cultural analysis.

Keywords: Argentina. Cultural Studies. Theoretical metaphors. Intellectual practices.

Bibliografía

ALTAMIRANO, Carlos. "Raymond Williams. 1921-1988", en *Punto de Vista*, Año XI, Nro. 33, Buenos Aires, 1988.

CAGGIANO, Sergio y GRIMSON, Alejandro. "Respuestas a un Cuestionario: posiciones y situaciones", en Richard, Nelly (ed.) *En torno a los estudios culturales. Localidades, trayectorias y disputas*, Santiago de Chile, ARCIS/CLACSO, 2010, pp. 17-30.

CEVASCO, María Elisa. *Diez lecciones sobre estudios culturales*, Santiago: LOM Ediciones, 2014.

CHARTIER, Roger. *Escribir las prácticas. Foucault. De Certeau. Marín,* Manantial, Buenos Aires, 1996.

CORCUFF, Philippe. *Las nuevas sociologías*. *Principales corrientes y debates, 1980-2010,* Buenos Aires, Siglo XXI, 2013.

DELFINO, Silvia. "Género y regulaciones culturales: el valor crítico de las diferencias", en Fabricio Forastelli y Ximena Triquell (comps.) *Las marcas del género. Configuraciones de la diferencia en la cultura.* Córdoba, CEA-UNC, 1999, pp. 67-84.

ELIZALDE, Silvia. "La 'interrupción' feminista en América Latina. Recorridos, tensiones y cruces productivos", en Eduardo Restrepo y Mario Rufer (comps). *Estudios culturales en América Latina: genealogías, legados y futuros*. Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana-Ediciones Envión, 2018, en prensa.

FORD, Aníbal. *Navegaciones. Comunicación, cultura y crisis,* Buenos Aires: Amorrortu, 1994.

FORD, Aníbal. *La marca de la bestia*, Buenos Aires: Norma, 1999.

GRIMSON, Alejandro. “Las Sendas y la Ciénaga de la “Cultura”. La Antropología y Estudios de Comunicación”, en *Tram(p)as de la Comunicación y la Cultura*, Año 1, Nro. 1, 2002.

GRIMSON, Alejandro y SEMÁN, Pablo. “Presentación: la cuestión ‘cultura’”, en **Etnografías contemporáneas**, Año 1, Nro. 1, abril, 2005, pp. 11-22.

GRIMSON, Alejandro. *Los límites de la cultura. Crítica de las teorías de la identidad*, Buenos Aires: Siglo XXI, 2011.

GROSSBERG, Lawrence. “Sobre postmodernismo y articulación”, entrevista a Stuart Hall, en Hall, Stuart. *Sin garantías. Trayectorias y problemáticas en estudios culturales*, Eduardo Restrepo, Catherine Walsh y Víctor Vich (editores), Popayán: Instituto de Estudios Sociales y Culturales Pensar, Universidad Javeriana, Instituto de Estudios Peruanos, Universidad Andina Simón Bolívar, sede Ecuador, Envión Editores, 2010, pp.97-116.

GROSSBERG, Lawrence. *Estudios culturales en tiempo futuro*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2012.

GRÜNER, Eduardo. *El fin de las pequeñas historias. De los estudios culturales al retorno (imposible) de lo trágico*, Buenos Aires, Paidós, 2002.

HALL, Stuart. “Estudios culturales: dos paradigmas”, en *Causas y Azares. Los lenguajes de la comunicación y la cultura en (la) crisis*, Nro.1, 1994.

HALL, Stuart. *Sin garantías. Trayectorias y problemáticas en estudios culturales*, Op. cit., 2010, pp. 73-94.

HALL, Stuart. *Estudios Culturales 1983: una historia teorética*, Buenos Aires: Paidós, 2017.

HALL, Stuart, CRITCHER, Chas, JEFFERSON, Tony, CLARKE, John y ROBERTS, Brian. *Policing the Crisis. Mugging, the State and Law and Order*, New York: Holmes & Meier, 1978.

MARTÍN-BARBERO, Jesús. “Notas para hacer memoria de la investigación cultural en Latinoamérica”, en Richard, Nelly, op.cit, 2010, pp. 133-141.

MUNDO, Daniel. “Pensar en argentino”, Suplemento *Radar*, Página 12, 24 de Junio de 2002. Disponible en https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/libros/11-167-2002-06-28.html

ORTNER, Sherry. “Geertz, subjetividad y conciencia posmoderna”, en *Enografías Contemporáneas*, Año 1, Nro. 1, 2005.

ORTNER, Sherry. *Antropología y teoría social. Cultura, poder y agencia*, San Martín: Unsam-Edita, 2016.

RESTREPO, Eduardo. "Estudios culturales en América Latina", *Revista Estudos Culturais,* Vol. I, Nro. 1, San Pablo, USP-EACH, 2014, pp.1-14.

RODRÍGUEZ, María Graciela. "Cultura popular. Travesías y avatares de un concepto", en *Plaza Pública,* Año 8, Nro. 13. Tandil: UNICEN, Julio de 2015, pp. 19-44.

SAINTOUT, Florencia y FERRANTE, Natalia. "Los estudios de recepción en la Argentina hoy: rupturas, continuidades y nuevos objetos", en Florencia Saintout y Natalia Ferrante (comps.), *¿Y la recepción? Balance crítico de los estudios sobre el público*. Pp.151-165, Buenos Aires: La Crujía, 2006, pp. 151-165.

VICH, Víctor y PORTACARRERO, Gonzalo. "Respuestas a un Cuestionario: posiciones y situaciones", en Richard, Nelly (ed.), op.cit., 2010, pp. 31-37.

WILLIAMS, Raymond. "El futuro de los estudios culturales", en *La política del modernismo.* Buenos Aires, Manantial, [1986], 1997, pp.187-199.

ZAROWSKY, Mariano et al. "Comunicación y cultura en el Centro Editor de América Latina: entre la renovación de la crítica y la intervención intelectual (1966-1983)", XVI Jornadas Interescuelas de Historia, Mar del Plata, 2017. Mimeo.